

DE LA LIMA VIRREINAL A LA REPUBLICANA:
LOS CARNAVALES COMO EXPRESIÓN
DE GOCE Y DERROCHE (1800-1930)

LIMA FROM VICEROYALTY TO REPUBLICAN PERIOD:
CARNIVALS AS AN EXPRESSION OF ENJOYMENT
AND WASTEFUL SPENDING (1800-1930)

GLORIA CRISTINA FLÓREZ DÁVILA*

RESUMEN

Este artículo trata de presentar la imagen de las celebraciones del Carnaval en el Perú, especialmente en el período comprendido desde finales del virreinato hasta las primeras décadas del siglo XX. Esa etapa, que abarca alrededor de ciento cincuenta años, dio paso a cambios fundamentales en el sistema de gobierno y la economía, así como en las estructuras sociales, la vida cotidiana y las mentalidades. Hemos elaborado nuestro trabajo teniendo en cuenta fundamentalmente informaciones procedentes de testimonios variados de familiares y amigos, quienes participaron en esas celebraciones, tratando en lo posible de ampliarlas y completarlas.

Palabras clave: Carnaval; fiestas; siglos XVI-XX; Perú.

ABSTRACT

This article represents the image of Carnival celebrations in Peru, especially the time between the end of the viceroyalty and the first decades of the 20th century. That period spanning around 150 years brought up fundamental changes in the system of government and the economy, as well as in social structures, daily life and mentalities. We have elaborated our work considering mainly information from various testimonies, both family and friends, who participated in these celebrations, trying as much as possible to expand and complete them.

Key words: Carnival; feast; 16th-20th centuries; Peru.

* Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima, Perú. Correo electrónico: catedraedt@gmail.com.

1. LOS CARNAVALES EN LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL Y LA IMPORTANCIA DEL TIEMPO

Considero que ha sido fundamental para comprender mejor esta celebración la publicación de la obra de Julio Caro Baroja *El Carnaval*¹, apreciada por investigadores de áreas diversas como literatura, historia o antropología en Francia, Bélgica o Inglaterra. Debemos prestar mucha atención a los nueve capítulos de la primera parte, con información muy variada en cuanto a terminología, costumbres, evolución y cotidianeidad.

Los diversos estudios nacionales y extranjeros dan a conocer cómo esta celebración exalta la alegría de vivir y la prosperidad y ha evolucionado desde sus inicios en el mundo clásico, como herencia de las Saturnales, y se perciben las similitudes en cuanto a fechas y danzas, entre otros, formando parte de las fiestas que atacan muy duramente las jerarquías habituales y realizan inversiones al menos por un período de tiempo². Corresponden a ciertos deseos precisos, sentidos de una manera colectiva y que no son únicamente desvaríos o extravagancias de carácter superficial.

Una serie de elementos se han hecho presentes desde la Edad Media y se han integrado a ellas; es el caso de la participación del clero, la importancia de los disfraces y las máscaras, mientras que en lo popular, la asistencia de los laicos ha favorecido el empleo de elementos significativos como los huevos coloreados y rellenos, la presencia de maniqués y su destrucción, la libertad de costumbres, las burlas en los poemas a personajes y las vestimentas. Su proximidad a la Cuaresma favoreció la práctica penitencial³, como comprobamos en los penitenciales de la época.

Desde el siglo XIII, el combate entre el Carnaval y doña Cuaresma estuvo en boga y se proyectó en los siglos siguientes, como se comprueba en la famosa pintura de Brueghel, los danzantes del Carnaval lanzaban objetos a las gentes de la calle e incluso a las damas que se asomaban a las ventanas de los pisos, cáscaras de huevos llenas de agua a menudo perfumada, o bien flores, y ramos, y nueces. En los cortejos, destacan tres grupos: danzarines, pajes y mensajeros con trajes simples, luego grandes máscaras más complejas y finalmente composiciones historiadas en tabladros o carros⁴.

¹ CARO BAROJA, Julio. *El Carnaval*. Madrid: Taurus, 1965. Con ediciones posteriores en otros idiomas.

² HEERS, Jacques. *Fêtes, jeux et joutes dans les sociétés d'Occident à la fin du moyen âge*. Paris: Champion, 2007, pp. 118 y ss.

³ HEERS, Jacques. *Carnavales y fiestas de locos*. Barcelona: Península, 1988, p. 131.

⁴ IBIDEM, pp. 132 ss.

No podemos dejar de mencionar el Carnaval de Binche (Bélgica), celebrado desde fines de la Edad Media, con un momento destacado el martes de Carnaval, cuando hacen su espectacular aparición los legendarios Gilles. «Una vez ataviados en una ceremonia ritual, varios centenares de Gilles ostentando sus trajes rojos, amarillos y negros, sombreros de plumas de avestruz, zuecos de madera, campanillas, máscaras de cera y pequeños anteojos, recorren la ciudad al compás del tambor [...]. Los bailarines ejecutan una serie de complicados pasos, y entre ellos el eterno favorito, el paso de Gille». El momento culminante del día es el baile de los Gilles en la plaza Mayor, iluminada por fuegos artificiales⁵. No obstante, estudios realizados por especialistas en el tema señalan que esas representaciones en auge desde mediados del siglo XVI muestran elementos importantes de las relaciones entre la península ibérica y los Países Bajos meridionales: los incas de Perú y los productos castellanos como las naranjas, consolidados con el gobierno de Carlos V.



Gilles en el Carnaval de Binche, Bélgica

América ha representado el descubrimiento de lo completamente desconocido, porque ni las obras clásicas o medievales, ni tampoco las sagradas escrituras, podían servir como referentes a los iniciadores de la empresa colonizadora. Así, en las décadas iniciales debieron enfrentarse a los retos que

⁵ UNESCO. Patrimonio Inmaterial, file n. 00033.

representaban las condiciones geográficas, las diferentes sociedades que encontraban y sus formas de vida tan disímiles a las suyas. Más tarde, ya asentados en sus nuevas posesiones, sintieron la añoranza del mundo que habían dejado, inclusive los pequeños placeres de comidas o bebidas de su terruño. En el caso de quienes regresaban, no solamente debían tener en cuenta las dificultades, los riesgos o penurias de las largas travesías, sino también, peor aún, comprobar que los logros obtenidos no siempre concedían el estatus de reconocimiento esperado, ni tampoco podían adaptarse a una vida tan diferente a la que habían conocido en los territorios de ultramar.

Una acción importante que realizaron fue la fundación de ciudades relacionadas estrechamente con la concepción que tenía el mundo occidental europeo de las funciones de la vida urbana: política, económica, social y cultural. Francisco Pizarro tenía las facultades, como gobernador y capitán, de realizar ese acto y respetar requisitos⁶ como las bondades del lugar, es decir, las ventajas climáticas y geográficas y los recursos naturales. En el caso de Lima fue decisiva la posibilidad de contar con un puerto.

El 18 de enero de 1535 se realizó formalmente la fundación de la ciudad de los Reyes, siguiendo el ritual establecido que comprendía proclamación, desafío y ejecución. Se inició en la mañana y luego de vocear la intención, se señaló el nombre, retándose a quienes no estuvieran conformes; después se realizó la toma de posesión en nombre del rey. Posteriormente, el acta de fundación era redactada por el escribano y firmada por los testigos.

A partir de ese momento, se procedió a abrir el libro de actas del cabildo y se realizó el reparto de solares, que seguía un trazado con la forma de tablero de ajedrez. Al igual que las ciudades europeas de la época, Lima tendría una plaza mayor, los edificios para las autoridades (civil, religiosa y municipal), los solares para los vecinos, los locales comerciales (la antigua lonja medieval), el hospital, la prisión y la picota, entre otros, mientras los habitantes se distinguirían de acuerdo con las categorías de vecinos, moradores, estantes y pasantes.

Respecto a las moradas limeñas, tenemos las informaciones documentales y únicamente algunas muestras de lo que ha sobrevivido de ese período. Sabemos que luego de fundada la ciudad, se inició la medición y el reparto de los solares entre los participantes del evento, y las ordenanzas dadas por el cabildo en 1551 expresaban la preocupación por la organización de la vida urbana dentro de las limitaciones relacionadas con los materiales de construcción, las técnicas y la mano de obra que se debían utilizar. Lo anterior expli-

⁶ BUSTO, J. A. del. *La conquista del Perú*. Lima: [s. n.], 2011, pp. 101-102.



Mauricio Rugendas. Catedral y plaza Mayor de Lima, ca. 1840

ca la sencillez de las viviendas de un piso en adobe y madera, techos planos por la falta de lluvia y la disposición de sus interiores, además de considerar la grave situación que implicaba la sismicidad de la región.

El virrey era el representante del monarca y poseía la mayor autoridad política en nuestro territorio. A propuesta del Consejo de Indias, el monarca lo nombraba por cuatro años para el ejercicio de su mandato, si bien en ciertos casos excedió este período o no llegó a completarlo. El sueldo asignado era de cuarenta mil ducados, amén de otras concesiones económicas, así como de personal a su cargo. La llamada Instrucción que recibía del monarca señalaba las pautas que debía seguir en su gobierno.

Sus atribuciones eran muy amplias, así en lo político como en lo militar, legislativo, judicial, económico y religioso. Sin embargo, también estaba sometido a limitaciones provenientes tanto de su situación de dependencia del monarca y de mecanismos de control, como el Juicio de Residencia, o de las dificultades originadas por los poderes y autoridades locales e incluso por las élites del lugar. La importancia de su cargo en el Perú queda demostrada en el hecho de ser la etapa final en la carrera de quienes lo habían ejercido en

México y, en el caso del período borbónico, en Nueva Granada o Río de la Plata.

La evangelización del Nuevo Mundo, y especialmente su consolidación en el período de los Austrias, se había dado en condiciones muy diferentes a otro proceso de cristianización, más exitoso y eficaz, realizado por la Iglesia desde fines del siglo V hasta el siglo X, y que permitió incorporar a la ortodoxia a grupos romanizados y bárbaros. En esos momentos la Iglesia había mostrado una mayor apertura frente a las creencias no cristianas, a diferencia de lo que haría con los indígenas americanos, es decir, mayor intolerancia y sobre todo una falta de apertura o permeabilidad frente a sus creencias.

Esos primeros siglos del cristianismo debieron superar los problemas creados por su inserción en el mundo romano y el rechazo tanto de las clases dirigentes como de la plebe por las creencias y prácticas desconocidas o chocantes para las mentalidades de los paganos, sin olvidar las difíciles relaciones entre esa iglesia cristiana primitiva y el imperio.

En ese período de transición al mundo medieval, la Iglesia Católica representó una fuerza importante, tanto por la calidad de sus fieles como por su organización administrativa, copiada de la romana imperial, contando con una posición oficial destacada y gozando de innumerables privilegios. Además, esa desintegración territorial proveyó de circunscripciones territoriales estables, las diócesis, que las autoridades eclesiásticas administraban, gobernaban y defendían, gracias a su mejor formación intelectual y al poder que tenían, no solamente en lo económico sino también en lo teológico y lo jerárquico. Así, el cristianismo pudo ejercer una influencia importante en la sociedad del momento suavizando costumbres brutales, aportando una cultura ligada a la del mundo clásico y, sobre todo, evangelizando a esos bárbaros, incorporándolos a la cultura occidental, y les ofreció orientaciones para el gobierno de la sociedad civil, teniendo en cuenta las doctrinas cristianas.

Naturalmente, si bien estos siglos iniciales están marcados por el éxito del monaquismo benedictino y la Iglesia irlandesa, existen dificultades muy variadas como la supervivencia de ritos paganos (lupercales y saturnales, entre otros), tanto en el folclor como en las mentalidades, lo que no es acorde con la doctrina y la moral cristianas. Igualmente, fueron muy comunes los comportamientos desordenados en las prácticas sexuales y el incumplimiento de las obligaciones litúrgicas⁷. Este período de cristianización y aculturación, muy importante durante el período carolingio, no había logrado desarraigar las

⁷ Son interesantes los penitenciales, así como otros documentos de los que disponen las autoridades eclesiásticas y los religiosos en sus tareas de vigilancia y control de los fieles.

creencias y cultos tradicionales grecorromanos, germánicos o celtas, y en cierta manera mostraban su vitalidad bajo diferentes formas: fiestas, bailes, devociones a santos, advocaciones marianas o prácticas sacramentales.

Desde la Baja Edad Media se hizo presente un cambio en los comportamientos de las autoridades eclesiásticas, relacionado con las modificaciones en el ámbito religioso y judicial, destacando el establecimiento de sistemas represivos ligados a lo religioso y a lo político. Asimismo, los nuevos horizontes mentales existentes en la llamada modernidad fueron trascendentales para el mundo europeo occidental, pero también para aquellos territorios conquistados por la cristiandad occidental, cristianizados bajo condiciones muy diferentes a las que habían tenido lugar en siglos anteriores con las poblaciones paganas.

Las poblaciones nativas americanas tenían características muy peculiares y diferentes a las europeas, incluso en aquellas culturas con grandes avances⁸ en lo concerniente a lo político, militar y religioso, así como en lo relativo a la familia, economía y sociedad. Desconocían los nuevos ideales ligados al Humanismo y al Renacimiento y los intereses propios del capitalismo mercantil en expansión. Sobre todo, esa cristiandad en repliegue por la reforma religiosa buscaba defenderse con la nueva pastoral postridentina, y sus pautas, muy restrictivas y poco permeables, marcaron el camino a los evangelizadores en el Nuevo Mundo, como se puede comprobar en los cánones del Tercer Concilio Limense (1583).

En el período virreinal, en los diferentes espacios urbanos se realizaban las celebraciones, cívicas, religiosas y populares, que continuaron incluso en el período republicano. En ellas estaban presentes procesiones, desfiles, bailes y representaciones teatrales fomentadas o permitidas por las autoridades, pero podían ser vigiladas y, en ciertas ocasiones, prohibidas. Algunas de esas fiestas, como el Corpus Christi, que se combinaron con la ideología de la génesis del «estado moderno» desde el siglo XIII, incentivándose aún más a partir del siglo XVI, incluían elementos de la cultura popular, carnavalescos, por ejemplo carros, bailes y piruetas de gigantes, cabezudos, enanos y papahuevos. Asimismo, se hacían presentes aportes no cristianos, como las cuadrillas de indígenas y negros que, con sus vestidos típicos, máscaras y bailes, atraían la atención de los asistentes.

José Torres Revello, importante investigador que ha estudiado los festejos y diversiones en el mundo americano colonial⁹, reconoce que las celebra-

⁸ Es el caso de los mayas, aztecas e incas.

⁹ TORRES REVELLO, José. «Los bailes, las danzas y las máscaras en la colonia». *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, t. XI (Buenos Aires, 1930), p. 440.

ciones son prácticamente idénticas en las ciudades más importantes del Nuevo Mundo. No debemos dejar de mencionar los aportes que ofrecen los estudios literarios de los Siglos de Oro en lo concerniente a las obras referidas a los carnavales¹⁰. En principio, el contexto de representación que tiene lugar el martes incluye referencias a lo carnavalesco y los elementos que lo caracterizan: vestuario, disfraces, complementos como frutas, huevos o los casca- beles de adorno. Asimismo, muchas de esas comedias se representaron ante la corte y una audiencia compuesta por miembros de las élites.

2. LOS CARNAVALES EN LAS AZAROSAS VIVENCIAS DEL PERÚ EN EL SIGLO XIX

Nuestro tema nos acerca no solamente a la vida cotidiana de un período tan interesante como es el tránsito de la colonia a la independencia, sino también a la manera de pensar y sentir de una parte limitada de nuestro país, la capital del virreinato, acudiendo a fuentes importantes como son los relatos de viajeros de época¹¹. Debemos señalar que el siglo XVIII ha tenido entre sus características más destacadas el gusto por los viajes. Así, los jóvenes de las élites europeas necesitaban cumplir con lo que se podía considerar un rito de pasaje, el *gran tour*, donde era fundamental, teniendo en cuenta el interés por el mundo clásico, visitar Italia.

Esos relatos nos dan información de primera mano y directa, en algunos casos desapasionada, si bien no se limitan únicamente a describir con palabras, sino que, más importante aún, se complementaron con imágenes. Mauricio Rugendas¹² siguió las recomendaciones de Humboldt de pintar el paisaje en presencia de la naturaleza y no a la vuelta del viaje. No obstante, otras fuentes, como sermones, documentos judiciales, gacetas y periódicos, en especial el *Mercurio peruano*, nos ayudan a complementar la visión que los viajeros nos dan de ese «otro», nuestro país y especialmente la capital. «Una ciudad de las fiestas, de los placeres, del lujo y del misterio», como escribiría Augusto Borget, viajero francés del siglo XIX:

¹⁰ CORTUO, Adelaida, CORTUO, Antonio. *Carnaval y teatro en los siglos XVI y XVII: el cortesano de Luis de Milán y la comedia burlesca Barroca*. [S. l.: s. n.], [s. d.].

¹¹ Hemos utilizado informaciones de los estudios de Estuardo Núñez, pero también aquellas que forman parte de nuestros trabajos: FLÓREZ DÁVILA, Gloria Cristina. «Entre la razón y el corazón: vida conventual femenina en los escritos ilustrados y románticos del Perú (1790-1860)». En: F. Javier Campos y Fernández de Sevilla (coord.). *La clausura femenina en el Mundo Hispánico, una fidelidad secular: simposium (XIX edición) San Lorenzo del Escorial, 2 al 5 de septiembre de 2011*. San Lorenzo de El Escorial: Instituto Escorialense de Investigaciones Históricas y Artísticas, 2011, v. II, pp. 1129-1146; IDEM. *Lima del ochocientos [Vídeo]*. Lima: Universidad de Lima, 2010; IDEM. «Lima en los tiempos de Humboldt». *Política internacional*, n. 68 (abril-junio 2020).

¹² RUGENDAS, Juan Mauricio. *El Perú romántico del siglo XIX*. Lima: Milla Batres, 1975.

Lima se estaba recuperando de la crisis vivida desde mediados del siglo XVIII, cuando había comenzado a perder su carácter de centro de poder del dominio español en América del Sur, ostentado desde la época de los Austrias. No solamente esos cambios en lo político-administrativo y en lo económico afectaron a nuestro virreinato, sino también los desastres naturales como el terremoto de 1746 o las rebeliones indígenas habían afectado su gran riqueza y poder. Sin embargo, todos reconocen la belleza de un centro urbano, ubicado en un hermoso valle, rodeada de cerros, chacras, huertas y bahías, donde además pequeños poblados, trapiches, bosques de olivos y restos prehispánicos le daban junto con sus murallas de adobe, puertas y baluartes, un aspecto muy singular.

Su trazado era en forma de tablero de ajedrez, con calles tiradas a cordel, anchas, iguales y paralelas, y las torres, azoteas y balcones con celosías y tiestos con flores, mientras que enredaderas, árboles frutales y patios de azulejos le proporcionaban un aspecto oriental. Debemos recordar que nuestra ciudad tenía, como ahora, una serie de inconvenientes: los sismos, la garúa, el polvo, la molesta circulación, ruidosa y desordenada, amén de numerosos mendigos y vendedores ambulantes, a los que se agregaba la oscuridad y un pésimo pavimento¹³.

En cuanto a su población, los cálculos que se pueden hacer en base a los datos son muy interesantes. En el caso de Lima, había aumentado en las últimas décadas del siglo XVIII y contaba con algo más de sesenta mil habitantes, pero estaba menos poblada que otras ciudades como Cusco, Ayacucho o Trujillo. Tal como había sido en siglos anteriores, los pobladores, en su mayoría, eran de origen africano (aproximadamente el 45 %), mientras que la presencia indígena era muy limitada (menos del 10 %). Nuestras fuentes coinciden al señalar como cualidades de los limeños su buena disposición, afabilidad, memoria, viveza, ingenio y desenfado, así como el ser muy acogedores y hospitalarios; siempre presente es la mención de la belleza de las limeñas, su buen gusto en el vestir y el despliegue que hacen de adornos, así como ciertos atributos físicos como los pies pequeños, y en especial, siempre se refieren a la famosa tapada y a la vestimenta que luce.

El calendario cuenta con gran número de fiestas civiles o religiosas. Toda ocasión se aprovecha para realizar festejos, como el nacimiento o los enlaces de un miembro de la familia real y, en menor número, las coronaciones o funerales reales. En esas celebraciones están presentes el respeto a determinadas convenciones sociales y el gusto por los elementos propios de nuestro país. Se realizan suntuosos desfiles y cabalgatas, con grandes cantidades de iluminaciones y fuegos artificiales, a los que se agregan trastornadores repiques de

¹³ DESCOLA, Jean. *La vida cotidiana en el Perú en los tiempos de los españoles, 1710-1820*. Buenos Aires: Hachette, 1962, p. 89.

campanas y toques de tambores. Es fundamental el efecto que pueden tener estos espectáculos en los asistentes, especialmente en lo sensorial. Los bailes tenían gran importancia, y si bien eran muy apreciadas las danzas europeas de la época, no dejaban de sentirse atraídos por las propias de nuestro país.

Entre las diversiones destacaban las peleas de gallos y las corridas de toros, que tenían lugar en la plaza Mayor y solamente a partir del 30 de enero de 1766 en la plaza de Acho, en nueve fechas fijas y algunas extraordinarias. No deja de reconocerse en este período la presencia de una religiosidad bastante formal para ciertos grupos, si bien existen importantes manifestaciones de devoción como la asistencia a misa dominical y las celebraciones de Cuaresma y Semana Santa, muy ligadas a una concepción de temor a Dios y de reverencia. Las numerosas procesiones tienen un gran parecido con las peninsulares; ostentosas y solemnes, recorren con sus imágenes y símbolos la ciudad. Son muestra de la riqueza de las comunidades religiosas y diferentes instituciones civiles o piadosas.

Los paseos eran también muy concurridos por las tardes en la alameda de los Descalzos o el paseo de Aguas. Una fecha especial era el 24 de junio para ir a las lomas de los Amancaes y realizar almuerzos o meriendas, acompañados de bailes y cantos con guitarra, como nos muestra una de las más conocidas representaciones de Rugendas. En algunas ocasiones, las familias se desplazaban a sus haciendas o huertas de los alrededores para descansar o realizar festejos, como la típica pachamanca o danzas populares.

Existían además otras distracciones, como aquellas que señalaban claramente las jerarquías, como la fiesta de la Jura Real y Paseo del Estandarte, los días 5 y 6 de enero. Se mantuvieron las entradas triunfales de los virreyes en las primeras décadas del siglo; inclusive los recibimientos a los libertadores San Martín y Bolívar se hicieron en el recinto universitario, pero carecieron del boato de la época de los Austrias. Se conservan las perennidades coloniales, como es el caso de los pregones limeños, imprescindibles para conocer las horas del día, desde las 6 de la mañana hasta las 10 de la noche, que luego fueron reemplazados por el pito del sereno del barrio y su reconocido estribillo «Ave María Purísima, las diez han dado. Viva el Perú y sereno»¹⁴.

Una de las grandes ayudas que tenemos para visualizar las costumbres de la época son las acuarelas de Pancho Fierro¹⁵, siendo muy interesante aquella

¹⁴ Frase que se ha perennizado en el famoso vals de Alicia Maguiña que lleva ese nombre.

¹⁵ Existen numerosos trabajos que nos permiten conocer con mayor detalle las características y ejemplos de su obra.



Pancho Fierro. Limeña de manto y saya,
ca. 1860



Pancho Fierro. El Son de los Diablos,
ca. 1860

de la danza del Son de los Diablos, ligada en sus orígenes a la fiesta del Corpus Christi y más adelante al Carnaval.

Es una comparsa donde está presente el diablo y podemos observar una rica coreografía de cuadrillas que se fue imponiendo cada vez más a partir de la Independencia.

Una serie de situaciones de diversa índole afectaron las celebraciones carnavalescas desde fines del siglo XVIII. En primer lugar, una herencia de la Ilustración, que menospreciaba estas costumbres populares, vistas como muestra de ignorancia y barbarie, pero también porque observan el elemento religioso que está presente, así como el hecho de ser una muestra del legado español, al que desean reemplazar por la «modernidad anglosajona».

Sin embargo, nuevas corrientes, como el liberalismo y el romanticismo, se interesaron por los componentes populares de la cultura. Una serie de autores, como Ricardo Palma y Manuel Atanasio Fuentes, rescataron textos e imágenes de las costumbres festivas, como es el caso de los carnavales y la supervivencia de una costumbre medieval que habíamos citado, el lanzamiento de huevos a los transeúntes, pero también los baldazos de agua.

Gracias a los testimonios de viajeros, de los que tenemos gran número por la acuciosa labor de Estuardo Núñez¹⁶, podemos tener una idea del desarrollo de los carnavales: juegos, participantes, formas, y muy especialmente las críticas que reciben de varios de ellos, al igual que en las obras de intelectuales peruanos, que insisten en lo siguiente:

- El daño que causan a transeúntes.
- La participación de los diferentes grupos sociales.
- El despilfarro de agua.
- Las argucias para protegerse de los baldazos de agua.
- El gasto en huevos y el agua perfumada que se utiliza para llenarlos.

Los autores nacionales como Manuel A. Fuentes se refieren a la costumbre bárbara de las carnestolendas, la publicación de bandos con las prohibiciones y sanciones (incumplidas ciertamente), los participantes, las aguas inmundas que se utilizan en esos juegos, los heridos que resultan y, sobre todo, la calma y el arrepentimiento que llegan con el Miércoles de Ceniza. En el caso de Ricardo Dávalos y Lisson, también confirma la concepción que tiene de las carnestolendas, prueba clara de barbarie y donde se disculpa todo exceso de una población a la que ve con menosprecio por ser plebe vulgar e ignorante.

Debemos tener en cuenta que la bonanza de mediados del siglo XIX dio paso a la grave crisis de 1870, especialmente trágica por el enfrentamiento bélico de nuestro país con Chile. Sus consecuencias en diferentes ámbitos marcan nuestra historia del siglo XX y nos permiten darnos cuenta de las deficiencias que teníamos como estado y como sociedad, así como del coraje de esas generaciones que pagaron el costo de la derrota. Escuchamos los testimonios de quienes eran adolescentes durante la ocupación de nuestro territorio, y hasta nos sorprendimos que se hubieran celebrado carnavales en esos años, pero también fue posible captar el orgullo que había significado salir adelante sin apoyos diplomáticos, económicos o políticos de países extranjeros. Quizás eso podría explicar por qué hubo gran admiración por la obra de algunos presidentes de ese período, como es el caso de Augusto Leguía. Consideramos que las obras de especialistas en el Perú durante el siglo XX deben ser consultadas.

3. EL ONCENIO: LOS CARNAVALES DEL GOZO Y DESPILFARRO

Deseamos centrarnos especialmente en el tema que nos reúne en esta ocasión: la celebración de los carnavales en este período y dar a conocer lo mejor

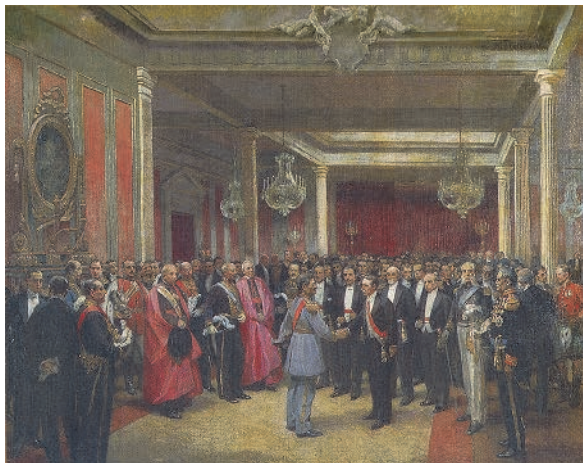
¹⁶ Es posible acceder a algunas de sus publicaciones realizadas por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos o la Universidad Ricardo Palma o aquellas de la Comisión del Sesquicentenario de la Independencia, que pueden consultarse por Internet.

posible las características que tuvieron esas celebraciones, especialmente en lo que se denominó «los locos años 20»¹⁷.

Naturalmente, debemos tener en cuenta que Leguía es hasta hoy día un personaje controvertido. Podríamos decir que es difícil ser imparcial con esta figura; admiración y rechazo, incluso odio, acompañan las conversaciones o debates, como lo he comprobado personalmente, incluso en ambientes académicos. Es cierto que su obra es clave en aspectos como la modernización económica y social, y si se habla de carnavales hasta hoy, siempre se menciona ese período y la presencia de un calendario carnavalesco. Incluso recuerdo todavía la expresión de quienes los disfrutaron: «¡Qué saben ustedes de Carnavales, los de mi tiempo, esos eran Carnavales!».



Manuel Atanasio Fuentes. Lanzadores de huevos, ca. 1870



Recepción presidencial durante la celebración del centenario de la independencia de Perú, 1921

La preparación se iniciaba semanas y a veces meses antes, tanto en lo institucional como en lo personal. Se preparaban los implementos para el desfile o corso que tendría lugar en las avenidas más importantes del centro de la ciudad.

La presencia de la reina del Carnaval era el centro de atención en el corso, y el nombre de esas jóvenes de las élites limeñas elegidas para la ocasión

¹⁷ Una parte de las informaciones procede de la investigación *Mentalidades de las élites limeñas a inicios del siglo XX*, de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de San Marcos, complementada con las consultas de autores que citaremos en esta sección.

ha estado presente, hasta mediados del siglo pasado, en la memoria de quienes las conocieron. Por tal razón, reconocemos la importancia que tienen las numerosas fuentes que existen del tema que nos reúne: las celebraciones carnavalescas, las famosas carnestolendas y la figura del Rey Momo.

Considero que mi contribución tiene el valor de los testimonios proporcionados por familiares cercanos y sus amigos, posteriormente contrastados o



Carnaval de Lima, *ca.* 1925. Archivo Municipal de Lima



Desfile en el Carnaval de Lima, *ca.* 1925. Archivo Municipal de Lima

completados con aquellos de profesores y amigos, ya fallecidos, y que debo mencionar: el embajador Óscar Barrós Conti¹⁸, los doctores Guillermo Lohmann Villena, Carlos Deustua Pimentel, José Antonio del Busto Duthurburu, Pedro Benvenuto Murrieta y, muy especialmente, el Dr. Bruno Rosselli y el arquitecto Héctor Velarde Bergmann, quienes en el seminario de Historia del Arte en el Instituto Riva Agüero (PUCP), nos hicieron conocer, gracias a sus charlas y paseos, «esa Lima que se aleja y se pierde en el misterio, es una señora bella de historia añeja y misterio», como se canta en el vals *Ofrenda de Chabuca Granda*, y que es también una frase premonitoria de lo que vivíamos desde fines de los años ochenta.

El Carnaval no se limitó a las celebraciones antes descritas; también se observan las relaciones que tiene con la literatura, la música y las canciones. Recordamos esos «locos años 20» por bailes como el *boogie boogie* o el charleston, e incluso existió uno que tenía un cierto contenido histórico y humorístico al mencionar a una momia peinada a lo *garçon*, trayendo a la memoria el reciente descubrimiento de la tumba de TutAnkAmon. Recordemos la fascinante vida de la española Anita Delgado, casada con el maharajá de Kapurtala, que impulsaba a damas solteras o casadas a imitarla, aunque fuera únicamente en la vestimenta.

Pero existe otro personaje que impactó mucho en las mentalidades de la época. Es el caso de la espía Mata Hari, que motivó a las damas de las élites peruanas a utilizar disfraces exóticos.

Nuestro trabajo no estaría completo si no nos refiriéramos al calendario de celebraciones que se iniciaban el sábado en la tarde y continuaban el domingo con las fiestas de disfraces de niños y adolescentes, que podían adquirirse en Oechsle, destacando entre ellos los de Blanca Nieves, Caperucita, piratas, duendes o aldeanas, entre otros. Mientras, en las fiestas de los adultos gozaban del ambiente festivo en diferentes espacios, cerrados o abiertos, públicos o privados. Hasta hoy día es posible contemplar las fotos de los disfraces de fantasía más utilizados, como es el caso de los personajes de la *Comedia dell'Arte* (Pierrot, Polichinela y Colombina), reinas y princesas, piratas, mandarines chinos y odaliscas, adquiridos o incluso alquilados en negocios especializados¹⁹.

Podríamos decir que el broche de oro de estas festividades tenía lugar el martes en la noche, y era el «baile o fiesta de mamarracho». Los asistentes

¹⁸ Hijo de Oscar Barrós Mesinas, quien durante el Oncenio fue ministro de Justicia e Instrucción (1920-1922), ministro de Guerra (1922) y presidente de la Corte Suprema (1930).

¹⁹ Revisando una publicación del Guayaquil de la época que estudiamos, encontramos también la existencia de estos negocios de disfraces y artículos carnavalescos.



Disfraz de fantasía, Carnaval de Lima,
ca. 1925



Disfraz de Mamarracho, Carnaval de Lima,
ca. 1925

buscaron presentarse de la forma más estrafalaria posible: mendigos, pordioseros, delincuentes, jorobados, sonámbulos y borrachos eran los preferidos. Recuerdo hasta hoy con entusiasmo la anécdota que me contó mi padre cuando era pequeña, que describía al detalle cómo preparó su disfraz de vagabundo, con ropas raídas, barba postiza, sombrero y zapatos que parecían salidos de un basurero, completándolo con una soguilla con latas de sardinas vacías, muy ruidosas al arrastrarlas por el suelo. Al aparecer de sorpresa en el salón, esa vívida creación asustó tanto a algunas de las distinguidas damas presentes que sufrieron un saponcio y tomó mucho tiempo que disculparan a mi padre.

En lo literario, destaca el *Canto al Carnaval*, composición de nuestro poeta Juan Parra del Riego, parte de la cual citamos aunque recomendamos leerla en su totalidad porque nos ayuda a imaginar esa celebración²⁰:

Canto al Carnaval

Libertad maravillosa de la risa,
la ciudad corre en las ruedas de colores, Carnaval!

²⁰ Sugerimos igualmente consultar otros textos, como *Motivos de Carnaval*, de José Carlos Mariátegui, y los artículos de la revista *Mundial* correspondientes a la década de los años veinte.

(En los cascabeles hay duendes pequeños
que dicen: ¡no dudes! ¡vamos a soñar!
¡Vamos a bailar!
¡Vamos a cantar!
La noche abre dulces ventanas de seda
y si tú no vienes por siempre te quedas
en la desolada perla de esperar,
¡Vamos a cantar!
¡Vamos a bailar!).
Y por la Avenida
que quema las frutas de la iluminación
ya el Corso va alzando con su delirante
cabeza de máscaras la gran ilusión.

4. Y DESPUÉS DEL ONCENIO, ¿QUÉ SUCEDIÓ?

La situación en el Perú se vio afectada a finales de la década de los años veinte por dos situaciones:

- a) El final del gobierno del presidente Augusto B. Leguía²¹.
- b) La caída de la bolsa de valores de Wall Street y su impacto en la economía mundial.

En lo concerniente a nuestro tema de estudio, podemos afirmar que en el Perú de los años treinta en adelante se presentan cambios muy importantes en las bases materiales de la sociedad peruana, no todos ellos verdaderamente favorables a largo plazo, como podría ser el centralismo creciente en lo político y lo económico, las deficiencias en el sector educativo, la ausencia de un sistema electoral verdaderamente representativo y, en especial, una falta de conexión entre las culturas populares y aquella de las élites²², completados con la incapacidad de integrar las expresiones regionales y capitalinas, incluso cuando los movimientos migratorios, en aumento desde mediados del siglo XX, convertían a la capital en una metrópoli muy diferente de aquella existente a inicios del siglo XX.

²¹ Existen numerosos trabajos que han estudiado el tema del Oncenio y su desaparición. Si bien proporcionan informaciones interesantes, en muchos casos carecen de empatía por el personaje y su actuación.

²² Son importantes las obras de historiadores, sociólogos y literatos para comprender esta situación.



Desfile actual en Carnaval de Lima

5. A MODO DE CONCLUSIÓN

Nuestro trabajo comprueba la importancia que poseen las celebraciones festivas desarrolladas a través del tiempo y que han recibido los aportes de tradiciones de otras culturas, especialmente el caso de los carnavales. Si bien hemos recopilado informaciones muy importantes, sean textos, imágenes o gráficos, necesitamos completarlas mediante diferentes acciones. Debemos promover la elaboración de catálogos y estudios exhaustivos que permitan realizar un inventario lo más completo posible de los carnavales y sus variaciones en nuestro país, tratando de conseguir que esa recopilación de sus variantes en diferentes países sean acordes con una línea temporal. Lo anterior permitiría realizar un estudio comparativo de los carnavales en la América virreinal y republicana, utilizando materiales dispersos en libros, revistas e Internet, ubicados en crónicas, imágenes varias, registros contables, etc. Finalmente, esperamos la ampliación de la serie «Munilibros», con temas importantes de nuestra historia, especialmente el período de los Austrias, así como cuestiones no tratadas en la serie.